

Sábado, noche, en "Trois Mailletz"

Por Jorge Vall Escriu

No existe aficionado al jazz en Francia que desconozca «Trois Mailletz» de la «rue Galande» de París; es una de las diversas salas y «cuevas» que se hallan diseminadas por la ciudad, en donde el jazz ha hecho ya raíces a través del tiempo. Por ella han pasado grandes figuras: Mezz Mezzrow, Bill Coleman, cantantes de blues, etc. Sin embargo, una de las características más peculiares del lugar, es precisamente esta: el lugar.

Cuando uno llega a «Trois Mailletz» le da la impresión de una sala de grandes proporciones, como podría ser una sala de Barcelona usadas para bailar, pero una vez pasado el vestíbulo se acaba el edificio, ¿en dónde está el salón, entonces?... La sorpresa aparece de verdad en el momento que el empleado de la puerta te indica que debes bajar por una escalera de piedra que conduce a los sótanos del local, cuyo ángulo es casi totalmente vertical. Pero no acaba todo aquí, ya que a medida que se va descendiendo, desciende asimismo el techo y paredes, ambas de piedra también, al extremo de que al llegar al fondo es preciso pasar agachado hasta la cintura. La oscuridad ha aumentado y el temor también; llega uno a la conclusión de que va a ser desvalijado de un momento a otro, cuando el techo y paredes vuelven a ensancharse y el sonido de un «saxo» te invita que no seas más estúpido y entres sin temor alguno. El bar, situado en una especie de vestíbulo a la entrada de la sala, es pequeño y las piedras de grandes dimensiones siguen rodeando la sala por todas partes; dentro, las mesas circundan una pequeña pista y un arco de piedra separa la orquesta de los bailarines, si bien los más entusiastas se pasan al otro lado del arco para estar más cerca de los músicos, en donde hay asimismo un par de mesas.

El grupo profesional que más corrientemente actúa en «Trois Mailletz» ha sido hasta hace poco el de Guy Lafitte, con Michel de Villers (Saxo-alto), André Persiani o George Arvanitás (piano), Pierre Michelot (Bajo), con diversos baterías. En calidad de atracción aparecen siempre músicos de fama negros, como ya mencioné anteriormente.

El público se entusiasma y las parejas hacen todas las contorsiones y movimientos que les es posible, si bien la mayoría son oyentes que permanecen sentados. Mañana, domingo, será cuando se interpretará exclusivamente música para bailar, en donde los más fanáticos harán saltar a sus parejas por la cabeza, que éstas a su vez ya se habrán quitado los zapatos, como he tenido ocasión de comprobar personalmente, aunque ignoro el motivo por el cual lo hacen y cómo les es posible resistir los golpes que dan al suelo, el cual se halla compuesto de enormes piedras, en cuyos buenos tiempos debían permanecer repletos de prisioneros (me refiero a varios siglos atrás).

Pero, volviendo a la música, lo que más hace agradable la estancia en aquella «cueva» los sábados por la noche, es precisamente que en la misma acuden músicos aficionados (no profesionales) que se sientan a rededor de la orquesta discretamente con gozo y resignación. Cuando la ocasión

es propicia los profesionales invitan a éstos a que suban con ellos, y así se cambian un batería, un pianista, un clarinete, un contrabajo, etc. A medida que la noche va avanzando va calentándose el ambiente, llegándose, en algunos casos, a momentos de verdaderos aciertos. Otras veces algún músico de los aficionados tiene algún pequeño desliz, pero pronto es remediado porque los mismos profesionales le ayudan a que quede disimulado, y en vez de mirarlo con recelo, por el contrario le invitan a que siga, con una sonrisa. Cuando los músicos se cambian acostumbran a darse las gracias por la actuación unos a otros sin distinción de profesionalismo o no, todo ello rodeado de un ambiente de simpatía y camaradería, lo que hace más agradable la estancia del oyente y la satisfacción de escuchar músicos que actúan por sentimiento propio todavía.

Pero en fin, no nos olvidemos que «Trois Mailletz» está en París.



André Persiani y Guy Lafitte

Foto. Robert Doisneau